

Hijos de una enfermera

Viernes, 4 de abril de 2025

Javier Camacho Uceda

Hace ya muchos años que mamá salió de un lugar de La Mancha para venir a Sevilla. Contaba con apenas 18 años cuando dejó allí un adiós de papel para ser enfermera. En su cabeza tal vez resonaba aquella pregunta que se hacía Serrat: “¿Qué va a ser de ti lejos de casa?”

Pasados todos estos años puede ser fácil responder a esta pregunta. Nosotros, como hijos de aquella enfermera lo podemos resumir en que todo fue bien, muy bien.

Aquí conoció a papá. Un hombre maravilloso con miedo a las agujas. Cada día él la esperaba paciente a que saliera de clase, hasta tal punto que le convalidaron la carrera en la cafetería más cercana a la Cruz Roja. Qué bendición tan grande cuando dos personas buenas coinciden, se eligen y permanecen.

Todas las personas que hoy me escuchan tienen muy claro lo que son y lo que hacen cada día en el hospital, pero tal vez no sepan lo que es ser hijos de una enfermera.

Cuando eres hijo de una enfermera tu boca se llena de orgullo cuando hablas de tu madre. Entiendes desde bien pequeño cosas que no saben otros niños. Sabes pasar las tardes sin hacer mucho ruido porque puedes despertar a mamá, que tuvo un duro turno. Comprendes que a veces tu cumpleaños, Navidad o incluso los Reyes Magos deben esperar un poco más, porque en ese preciso momento hay alguien que la necesita más que tú.

Cuando eres hijo de una enfermera la escuchas hablar por teléfono desde el sofá de casa con alguna compañera para ver cómo han pasado la noche los enfermos. Aprendes a colarte en el Virgen del Rocío por el semisótano y llegar a la 1ª Norte e incluso comprendes palabras que están lejos de tu vocabulario infantil: como trasplante, nefro, diálisis peritoneal, rechazo o choque. A veces, incluso ella sabe que no estás tan malo como para no ir al colegio. No puedes engañarla, pero te hace sentir como si nada malo pudiera pasarte. Si ella está, todo está bien.

Cuando eres hijo de una enfermera escuchas desde la cama la llamada de papá a mamá, preguntándole cómo se presenta la noche y despidiéndose siempre con un beso y la misma frase: “que te sea leve.”

Después de toda una vida dedicada en cuerpo y alma a ayudar a los demás, nosotros, como hijos de aquella enfermera sólo podemos darle las gracias y decirle lo profundamente orgullosos que nos sentimos de ella. Porque ha hecho de su vocación su vida, y estamos convencidos de que esa dedicación se ha visto reflejada en la mirada de cada paciente que la haya visto entrar por la puerta de su habitación.

Algunas de las personas que hoy me escuchan están salientes de su turno, a otras en cambio les toca hacer noche cuando salgan de aquí. Sólo podemos daros las gracias por todo lo que hacéis y por todo lo que tendréis que seguir haciendo por sanar a los demás. Tenéis nuestra admiración, nuestro aplauso y como hijos de una enfermera os decimos lo siguiente: que os sea leve.

Mamá, ¿qué va a ser de ti ahora que estás en casa? La respuesta a esta pregunta es sencilla: seguir siendo la mejor madre del mundo. Feliz cumpleaños, te queremos.